

Innovación espacial: una política de Estado para el desarrollo de Chile

Marzo de 2026 marca un nuevo ciclo político en Chile, pero también una oportunidad estratégica: consolidar una visión de largo plazo donde la ciencia, la tecnología y la innovación no sean un complemento del desarrollo, sino uno de sus pilares centrales. La reciente creación y fortalecimiento del Ministerio de Ciencia va en esa dirección y abre una pregunta clave para el país: ¿qué rol queremos jugar en la economía y la geopolítica tecnológica del siglo XXI?

Hoy, la innovación espacial ya no es una promesa futura ni un lujo reservado para potencias tradicionales. Es una herramienta concreta de desarrollo económico, resiliencia social y seguridad nacional. En América Latina —y particularmente en Chile— avanzar en soberanía tecnológica no es una aspiración ideológica, sino una necesidad práctica frente a un escenario global marcado por crisis climáticas, desastres naturales, tensiones geopolíticas y presión sobre los recursos públicos.

Invertir en tecnología propia o en alianzas tecnológicas estratégicas, no debe entenderse como un gasto adicional. Es una inversión que define la capacidad de un país para tomar decisiones informadas, actuar con autonomía y proteger a su población cuando más lo necesita. En el ámbito espacial, esto se traduce en acceso oportuno a información crítica, independencia operativa y capacidad de respuesta ante emergencias que no esperan licitaciones largas ni procesos burocráticos.

A nivel global, estamos presenciando una nueva geopolítica tecnológica. Países como Alemania, Polonia y Japón han incorporado la vigilancia espacial y la observación de la Tierra como parte de sus estrategias de desarrollo, seguridad y competitividad. No se trata únicamente de defensa, sino de planificación territorial, protección de infraestructura, monitoreo ambiental y apoyo a la toma de decisiones públicas y privadas. En ese contexto, Chile no puede darse el lujo de quedar rezagado si aspira a un desarrollo económico moderno, basado en datos, innovación y resiliencia.

Pero para avanzar de verdad, es necesario cambiar el enfoque. El desafío no es “comprar satélites”, sino construir capacidades. Pasar de una lógica transaccional —la adquisición de un objeto— a una lógica estratégica de alianzas tecnológicas que fomenten transferencia de conocimiento, desarro-



Daniel Cleffi, CEO Latam de ICEYE

llo de talento local y una cultura espacial sólida en el país. El espacio no es solo infraestructura: es ecosistema, capital humano y visión de futuro.

Aquí es donde los nuevos liderazgos en Ciencia y Defensa pueden jugar un rol decisivo. La coordinación entre ambos ministerios puede transformar la innovación espacial en beneficios concretos para la ciudadanía: mejor gestión de emergencias, protección de infraestructura crítica, planificación urbana más segura y un Estado más preparado para anticipar riesgos en lugar de reaccionar tarde.

Chile tiene condiciones únicas: capital humano, estabilidad institucional y una larga tradición científica. Convertir la innovación espacial en una política de Estado —articulada desde el Ministerio de Ciencia y con impacto transversal— no solo fortalecerá la soberanía tecnológica del país, sino que también sentará las bases de un desarrollo económico más resiliente, inclusivo y sostenible.

El cambio de mando no es solo un relevo político. Puede ser el punto de partida para que Chile decida, de manera consciente, qué lugar quiere ocupar en el mapa tecnológico global. Y el espacio, hoy más que nunca, es parte de esa decisión.